

## LA CALLE COMO ESPACIO DE JUEGO

*Salvador Alengo, José Luis  
Muñiz Plaza, José Alfredo  
Rey Gonzalez, Jesús  
INEF-Galicia*

### RESUMEN

El hombre no está bien dotado para subsistir en su entorno natural: necesita acondicionarlo, acomodarlo a sus posibilidades, perfeccionarlo. Con lo cual acaba rodeándose de cosas propias, enriqueciendo su circunstancia o si se quiere decir de otra manera civilizándose, creando una civilización. Es su misma falta de aptitud para sobrevivir en la naturaleza lo que le impulsa a la construcción, a la artificiosidad, de la que la civitas es una de sus más altas expresiones.

Los animales, viven inscritos en sus respectivos entornos naturales, soportaran, o no, los cambios pero no los producen. Los hombres, por el contrario, estamos forzados a reconfigurar el medio que nos rodea ya que no estamos programados para la adaptación instintiva a un nicho ecológico. En lugar de adaptarnos a la realidad adaptamos la realidad a nuestros proyectos, y en lugar de repetir esquemas de conducta prefijados tenemos que inventar y descubrir el mejor modo de enfrentarnos con lo natural. Ortega plantea que el hombre carece de identidad constitutiva y que su naturaleza es radicalmente histórica. Ninguna otra especie, que sepamos, ha logrado reconfigurar la corteza terrestre y realizar ese esfuerzo de rescate que se llama historia. El hombre conoce más de lo que ve. Porque su pensamiento discurre por un mundo entre lo irreal y lo posible, de lo que será y lo que no será. El hombre es un ser responsable no respondiente, ya que somos creadores de nuestras formas de habitar y vivir.

### PALABRAS CLAVE

Calle, juego.

### 1 ANTECEDENTES SITUACIONALES

“Antes teníamos miedo del bosque. Era el bosque del lobo, del ogro, de la oscuridad. era el lugar preferido para ocultar trampas, enemigos, angustias. En cuanto el personaje entraba en el bosque comenzábamos a tener miedos, sabíamos que podía ocurrir algo, que algo ocurriría. El relato se hacía más lento, la voz más grave, nos estrechábamos unos a otros y esperábamos lo peor. El bosque atemorizaba con sus sombras, sus rumores siniestros, el canto lúgubre del cuco, las ramas que podían atraparte de repente”. (TONUCCI, FRANCESCO. “LA CIUDAD DE LOS NIÑOS”, pp. 21). Así comienza el interesante libro de Tonucci, según el cual los niños y no tan niños, tenían miedo del bosque, en definitiva de la naturaleza en estado puro. A través de aquellos cuentos los adultos transmitían las pautas de comportamientos, de conductas y las normas educativas, como tan sagazmente explicó Bettelheim en su obra “Psicología de los cuentos de hadas”, las gentes se sentían seguras en las ciudades y sobre todo en las casas, en las que la familia, compuesta de hasta tres generaciones, escuchaban las narraciones y consejos de los más

viejos, los jóvenes organizaban juegos y los demás charlaban del trabajo y de lo cotidiano (FERNÁNDEZ de ROTA. ANTROPOLOGÍA DE UN PAISAJE GALLEGO).

Ahora las cosas se han invertido, la ciudad se ha vuelto hostil, agresiva, peligrosa, violenta. De las casas, de metros cuadrados estándares, se han erradicado a los ancianos de la vida familiar, ya no conviven tres generaciones, sólo dos en una especie de larga dependencia parasitaria e irresponsable por parte de todos. El peligro, la falta de espacios, los coches y la especulación inmobiliarias está consiguiendo que el espacio público deje de ser popular, convirtiendo lo público en un espacio ocupado por el poder político. A los ciudadanos se les incita a refugiarse en la intimidad de sus casas.

“También para mí, no sólo para los niños, la ciudad es un infierno. Pero yo me protejo saliendo cada vez menos de casa. Mi vida puede transcurrir entre las cuatro paredes de mi estudio. Sin demasiados inconvenientes”, dice el gran pensador y lúcido anciano Norberto Bobbio en carta escrita precisamente a Tonucci.

## 2 LA CALLE

Nadie de los presentes podrá olvidar aquella riqueza de las calles humanizadas, cuando los niños jugaban sin ningún peligro, al aire libre, vagabundeando por determinados caminos sobre los que llegaban a pasar escasos coches, si acaso bicicletas y carros.

Al salir del colegio, tardábamos en llegar a casa, pues nos demorábamos con mil juegos e investigaciones, dejábamos las carteras y bajábamos con las modestas meriendas a nuestra “sala de juegos”, se jugaba en toda la calle, poco a poco fuimos aprendiendo los juegos de aceras, ahora tenemos que jugar ante la pantalla del ordenador, a los juegos de siempre, pero electrónicos.

Jugábamos, según las estaciones, que modificaban el estado del suelo a las peonzas, a las canicas, al pincho, a la maiola, a los cromos, a las tabas, a la pídola y montones de variantes que tan sorprendentemente recogen Rabelais en el capítulo VII de su “Gargantua” y Bruhegel en su famoso cuadro de los juegos en el que retrata hasta cuarenta de ellos.

Cuando estábamos en el instituto, volvíamos de clase cinco o seis compañeros pasándonos la pelota por las calles, a la carrera, sin dudas ni temores, hasta que llegábamos a los alledaños de una iglesia en la que teníamos situada la portería y sobre ella organizábamos un partido de fútbol (los gestores deportivos de hoy, antes no había, le llamarían fútbol-calle). Jugábamos durante las siestas en los patios de las casas: al escondite, policías y ladrones, las cuatro esquinas... El juego era una constante en nuestra infancia haciéndola memorablemente feliz y la edad más deliciosa de la vida humana.

Ahora no existen patios o se han convertido en cocheras y lo peor no es eso, sino que los adultos no soportan el griterío de los niños jugando, esos mismo adultos que no se quejan del ruido de la circulación, de las constructoras, de los bares...

Los niños van desapareciendo de la gran ciudad. Los mantenemos en esos ghettos que llaman parques infantiles con juegos en los que sólo puedes repetir el mismo gesto hasta la náusea. Las calles peatonales o con soportales son para los comerciantes, no para el juego infantil, se busca que los adultos, en su categoría de consumidores, vayan al paso de escaparates, al paso del consumo compulsivo o frustrante.

Lo más paradójico de todo es que, mientras la ciudad se ha vuelto hostil, los militantes ecologistas, los defensores de todo tipo de animalitos están reivindicando lo natural y el bosque. El bosque se ha vuelto bello, luminoso, objeto de sueños y falso bucolismo.

### 3 LA CIUDAD ACTUAL

Durante los últimos cincuenta años, la ciudad, espacio socializado y de encuentros, ha descubierto el valor del suelo y ha trastornado todos los conceptos de equilibrio, de bienestar y convivencia, para procurar sólo espacios rentables. Se han desarrollado variadas teorías que consideran la centralidad como el lugar más valorizado, las vías de accesos, los cascos antiguos, etc., los pobres y los ancianos son alejados a zonas periféricas.

Los centros históricos se van convirtiendo en oficinas, bancos, restaurantes. El monumento, sede de una institución (la Iglesia, el Estado, la Universidad), es esencialmente represivo. Cuando organiza un espacio en su entorno es para colonizarle y oprimirle. Los grandes monumentos han sido erigidos a la gloria de los conquistadores y los poderosos; con mucha menos frecuencia lo fueron a la gloria de los muertos y de la belleza muerta (el Tadj Mahall, las Pirámides...). Se levantaron palacios y tumbas. La desgracia para la arquitectura ha sido la de querer levantar monumentos, mientras que “el habitar” o bien ha sido concebido a imagen de los monumentos, o bien se desatendió. Extender el espacio monumental al “habitar” ha constituido siempre una catástrofe, si bien ignorada por aquellos que la soportan. En efecto, el esplendor monumental es formal, y si bien se halla siempre repleto de símbolos, el monumento los ofrece a la contemplación (pasiva) y a la conciencia social cuando dichos símbolos, ya caducos, han perdido significación. Tal es el caso de los símbolos de la revolución como el Arco del Triunfo napoleónico o el momificado Lenín. Durante la noche el centro de la ciudad, por lo general monumental, queda desierto y se vuelve peligroso. Así la zona histórica, espacio enriquecedor y para ser vivido, se les niega a los niños, a los paseantes y a los ancianos.

La calle era un lugar de encuentros, de intersección entre lo público y lo individual, es el sitio donde el ser humano realiza la mayor parte de la socialización. Se decía: “vete a jugar a la calle”, “me voy a la calle con los amigos”, “se lo lleva de calle”, “vamos a hacer calle”; y una ristra de frases más, que señalaban la calle como espacio de ocio, juego, lúdico, etc., e incluso en algunos casos tomaba un cariz reivindicativo: “echarse a la calle”, “ir por la calle de en medio”, “tomar la calle” y la poesía de Celaya nos cantaba “...a la calle que ya es hora...”, a lo que el fascio contestaba con “la calle es mía”. Más o menos, desde entonces el poder está empeñado en sacar al ciudadano del espacio público, quitarle su carácter popular, de todos, y hacerlo de tránsito, es decir un “no-espacio”. (Auger, Marc “Los espacios otros”).

¿Pero es la calle un lugar de encuentros?, quizá, pero ¿qué encuentros?. Aquellos que son más superficiales. En la calle se marcha unos junto a otros, pero no es lugar de encuentros. En la calle domina el “se” (impersonal), e imposibilita la constitución de un grupo, de un “sujeto”, y lo que la puebla es un amasijo de seres en búsqueda... ¿De qué?. El mundo de la mercancía, que no ha podido limitarse a los lugares especializados, los mercados (plazas, abastos), ha invadido toda la ciudad. En la antigüedad, las calles no eran más que los anexos de los lugares privilegiados: el templo, el estadio, el ágora y el jardín. Más tarde, en la Edad Media, los artesanos, a la vez productores y vendedores, ocuparon las calles. Posteriormente han sido los comerciantes, cuya actividad es exclusivamente mercantil, los que se hicieron dueños y señores de la calle. ¿Qué es, pues, la calle?. Un escaparate, un camino entre tiendas. La mercancía, convertida en espectáculo (provocante, incitante), hace de las gentes un espectáculo. Aquí, más que en cualquier sitio, el cambio y el valor de cambio dominan al uso hasta reducirlo a algo residual. Tan es así que debe realizarse una crítica de la calle de mayor alcance, a saber: la calle se convierte en lugar privilegiado de la represión, que puede realizarse merced al carácter “real” - es decir, a la vez débil y alienado-alienante - de las relaciones que tienen lugar en la calle. El paso por la calle es, en tanto que ámbito de las comunicaciones, es obligatorio y reprimido al mismo tiempo. En caso de amenaza, las primeras prohibiciones que se dictan son las de permanecer y reunirse en las calles. Si la calle ha tenido en su tiempo el papel de lugar de encuentros, ese papel lo ha perdido, como no

podía por menos de ocurrir; limitándose mecánicamente al lugar de paso, se produce al mismo tiempo el paso de peatones (acorralados) y de automóviles (privilegiados). La calle se ha convertido en retículo, organizado por y para el consumo. La velocidad de circulación, todavía permitida, del peatón se halla determinada y calculada en función de la posibilidad de apercebir los escaparates y comprar los objetos exhibidos.

El tiempo pasa a ser “tiempo-mercancía” (tiempo de compra y venta, tiempo comprado y vendido). La calle reglamenta el tiempo más allá del tiempo de trabajo y lo somete al sistema, el del rendimiento y del beneficio. La calle ya no es más que la obligada transición entre el trabajo forzado, los esparcimientos programados y la habitación en cuanto lugar de consumo.

La organización neocapitalista del consumo muestra en la calle su fuerza, que no reside únicamente en el poder (político) ni en la represión (reconocida o disimulada). La calle, sucesión de escaparates, exposición de objetos en venta, muestra como la lógica de la mercancía va acompañada de una contemplación (pasiva) que toma el carácter y la importancia de una estética y de una ética. La acumulación de objetos es paralela a la de la población y sucede a la del capital; adopta la forma de una ideología escondida bajo la forma de lo legible y lo visible, y que, a partir de ese momento, parece la propia evidencia. Es por ello por lo que se puede hablar de una colonización del espacio urbano, colonización que se lleva cabo en la calle a través de la imagen de la publicidad y el espectáculo de los objetos: a través del “sistema de los objetos” convertidos en símbolos y espectáculo. Perceptible a través de la modernización de las calles antiguas, la uniformización del marco circundante reserva para los objetos (mercancías) aquellos efectos de colores y de formas que los hacen atractivos. Así, cuando el poder permite que se realicen en la calle mascaradas, bailes, festivales folklóricos, etc., se trata de una apariencia caricaturesca de apropiación y reapropiación del espacio. En cuanto a la verdadera apropiación, la “manifestación” efectiva, es combatida por las fuerzas represivas, las cuales imponen el silencio del olvido.

Sin embargo, las periferias han sido montadas en pocos años, siguiendo las pautas bienintencionadas del funcionalismo, sin plazas, sin parques, sin equipamientos y sin edificios emblemáticos o referenciales. Las periferias son iguales en todo el mundo: los mismos bloques, las mismas calles anchas y rectas, el mismo abandono; no nacieron del lento pasar del hombre que buscaba lugares confortables, sino merced al impulso desvergonzado de la especulación.

Las ciudades no tienen habitantes, cada vez menos personas viven sus calles y sus espacios: el centro es un lugar para trabajar, comprar o arreglar papeles, pero no para vivir; la periferia es el dormitorio... un nicho para dormir y el vacío. Cuando caen en la cuenta de que allí quedan niños, amas de casa, ancianos y otros marginados, se les ocurre la brillante idea de los centros especializados; guarderías, placitas de suelo duro, geriátricos, el ambulatorio y los centros cívicos. Si es difícil vivir en las grandes urbes, mucho peor es residir en las ciudades dormitorios en las que se empeñan mantenernos dormidos, sin alegría, sin vida y sin juego. El asfalto se está convirtiendo en el bosque temible de nuestros cuentos. Cada vez es más dificultoso la simple función de pasear.

Un ser que callejea; o, usando un bello verbo que no sé si existe, que rulea; es un peatón, una persona que va a pie. Pero peatón se ha convertido en un término de ingenieros de caminos. Un profesor de educación física usaría pedestrimismo. Como lo que queremos es filosofar a los andarines urbanos les llamaremos paseantes.

Sin embargo, lo que se puede encontrar un pacífico viandante, no son “polís” para disfrutar, sino unas condiciones de inferioridad con respecto al principal ocupante de la calle: el coche.

Las aceras cada vez se estrechan más y se les amontonan las señales, las farolas, los andamios, los cubos de la basura, los postes de no se sabe qué, los carteles que anuncian “consellerías do medio ambiente”. Las señalizaciones no están pensadas para los paseantes. Los semáforos y “pasos de cebras” no se respetan, si los que pasan son personas. Ocurre que aquí, en

Oleiros, existe un paso para patos, ante los que se detienen los automovilistas con emoción casi religiosa, sin embargo los peatones lo tienen muy difícil para llegar al paseo cercano, como no sea acompañado por uno de los patos. Los coches pasan por esa población a una notable velocidad y los mecanismos para garantizar el cruce seguro de un paseante son insuficientes.

Las obras invaden y consumen la paciencia de los ciudadanos, existiendo poblaciones que siempre están en ellas. La suciedad es la piel de nuestras calles que se cimentan con los excrementos de cientos de perros. Pero sobre todo, los coches estacionan en las aceras, bloquean el paso, se abandonan en los cruces de peatones, inutilizan las esquinas y consiguen que un paseo sea un horror. La situación para invidentes y minusválidos se vuelve extremadamente peligrosa e incómoda, e igualmente para los ancianos, los niños o las personas que tienen que llevar bebés o transportar bultos, carros de la compra, etc. Pero, y siendo estas personas las más perjudicadas, todos los ciudadanos ven empeoradas las ya de por sí malas condiciones que disponen para trasladarse a pie.

La regulación de los semáforos está pensada a favor de los coches. Los caminantes disponen de insuficiente tiempo de paso, lo que les obliga a desplazarse a la carrera, si su condición física y edad se lo permite. Existen numerosos cruces de calles entre los que no se contempla un lugar para pasar con regularidad. Los viales pintados para el tránsito, en general, no son la prolongación natural de la acera por lo que los rulantes se ven obligados a alargar sus andaduras con rodeos o propiciando que, ante la incomodidad o mala localización del paso, opten por intentar cruzar atajando por sitios lógicos, cortos y, a menudo, peligrosos. La solución alternativa que nos ofrecen es: elevarnos el piso y el paso a un increíble ejercicio de funambulismo, con escaleras peligrosas o rampas interminables que se retuercen sobre si mismas para hacerte pasar cinco veces por el mismo lugar en una escritura kafkiana. Otras soluciones van por debajo, en tétricos atajos, sucios, malolientes y pintarrajeados subterráneos, casi siempre, mal iluminados.

En definitiva constatamos que la ciudad ha renunciado a ser lugar de encuentros e intercambios, optando por la separación y la especialización como nuevos criterios del desarrollo. Sitios diferentes para personas diferentes, espacios distintos para funciones distintas. El centro para los bancos, las tiendas de lujo, la diversión adocenada; la periferia para dormir. espacios para los niños: guarderías, parques, jardines; espacios para los ancianos: además de los parques y jardines, el hogar del pensionista, la residencia y el geriátrico; el espacio de la enseñanza normativizada y sistemática que va desde la escuela a la universidad, pasando por las oeneges y los partidos políticos; los lugares apartados y escondidos de la enfermedad y la muerte: hospitales, sanatorios, tanatorios; los espacios consumistas de las compras: supermercados, centros comerciales y las llamadas grandes superficies.

Comprar era antes, la realización de un recorrido, la charla con los tenderos, hasta el valor social del regateo y la posibilidad de entretenerse con los otros. Hoy el centro comercial es el que nos atrae, en las márgenes periféricas, por su carácter eficiente, autónomo, seguro y divertido. No existen coches y se puede pasear, los niños encuentran entretenimientos y los padres se sienten a gusto, se puede comer, sacar dinero, jugar con las máquinas... En definitiva un lugar estupendo para citarse las parejas, los amigos y las familias a pasar el fin de semana. Está claro que nos defendemos de la inseguridad de la calle, construyendo lugares seguros, protegidos, en los que pasar nuestros ratos libres, pero a cambio de enrasarlo todo y situarnos en una unanimidad alienante y desenraizada.

#### 4 EL OTRO ESPACIO: LA CASA Y SUS HABITANTES

La vivienda actual es casi una conquista de nuestro siglo. La comunidad primitiva no creaba muros de contención frente a la naturaleza; lo mágico y lo sagrado fueron las formas de cohesión. Las ciudades centraron el poder y establecieron una gramática del comportamiento, además distribuyeron los espacios y establecieron una jerarquía. Las casas comenzaron a funcionar de manera individual y generalizada durante el XIX, eran grandes casas, pero de su disfrute estaban excluidas las clases populares. En la medida que las luchas sociales fueron conquistando estos espacios básicos y necesarios, las constructoras han sabido hacer su juego dentro del injusto y brutal “mercado libre”, única libertad absoluta que reconoce el capital, aun por encima del ser humano.

Hoy ese espacio personal, al que todo humano debe tener derecho y acceso, también se ha especializado como hemos planteado en la calle; la división se ha efectuado sobre un esquema funcional estándar; es decir que cada habitación corresponde a una función del cuerpo: un lugar para comer-comedor, estar, dormir, excretar, recibir, etc. Así personas que ha sido búnquerizadas en su nichos de cemento, se proyectan sobre el espacio con un cuerpo troceado y reducido a pura función orgánica. El apartamento es en realidad el apartamento, sólo existen posibilidades de cruce en el rellano de la escalera, en la angustia vertiginosa del portal o en la verticalidad mortuoria del ascensor. El chalet es un simple cambio de decorado, la falsa ilusión de las verdes praderas, poblaciones seriadas que nos muestran la cara roussoniana de la constructora.

La rápida transformación de la casa, que nos ajustan sobre los 93 metros cuadrados, ha cambiado la estructura familiar. Antes en las viviendas convivían tres generaciones con todos sus inconvenientes, pero con muchísimas ventajas: juegos, rincones secretos, ayudas entre los miembros de la familia y vecinos, transmisiones culturales, educación y pautas de comportamientos, hoy todo eso ha quedado a cargo del estado-débil y de su ojo: la televisión. Ir al hospital era un hecho excepcional. La enfermedad era una experiencia doméstica. Hoy la gente va al hospital para todo, a realizar cualquier prueba, una revisión, un control y lo vital, que es nacer y morir, se hace fuera de casa, desasistido de los tuyos, de tu familia, de tus raíces. Naces en la burocracia y mueres para ella, sin existencia en el intermedio. La familia ha perdido la capacidad de soportar experiencias tan fuertes y ricas que en las alegrías y en el dolor las ponían a prueba, le exigían continuas adaptaciones y la consolidaban. Sabemos que la existencia y el trabajo de los hospitales ha significado la vida para muchas mujeres y sus hijos, pero ahora las condiciones económicas, higiénicas y sociales permitirían a las familias vivir en sus propias casas la experiencia del parto. Este cambio que se está produciendo en los países del norte de Europa, garantizaría un ahorro económico y daría la posibilidad de nacer dentro de los tuyos, entre los brazos acogedores, cálidos y envolventes de tu familia. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los estados de enfermedad y de la fuerte experiencia de la muerte de los allegados, lo que no nos debe de llevar a la “huida” del estado de sus responsabilidades en la sanidad, en la ayuda a familias con enfermos crónicos y a no dejar de atender con eficacia y humanismo a los dolientes.

Ahora no se convive, se coexiste, sólo hay rutina, se repiten los mismos gestos todos los días y a las mismas horas. Se habla de la baja natalidad y de la crisis de la familia: habría que volver a tener experiencias importantes que la una y la ponga en pie. Pero para eso es necesario crear nuevas condiciones.

En la casa actual no caben los ancianos, sus ritmos y sus espacios, que desde una total inmovilidad van agradando e invadiendo los otros, no se compaginan con el de los adultos, laborantes o en paro. No caben los niños, por lo que cada vez tenemos menos, si existieran tendrían problemas para tener amigos. No sabemos ni queremos soportar el alboroto de los juegos infantiles pero vivimos muy adaptados al ruido infernal de los coches. Las escaleras siempre

fueron lugares de juegos, así como los zaguanes y los patios en los que se jugaba durante las siestas, mientras que los mayores aceptaban y toleraban aquel sano revoloteo humano.

Antes transitábamos por las viejas casas, desde las buhardillas a los sótanos, entrábamos en las habitaciones prohibidas y nos enroscábamos en aquellos espacios que nos causaban miedos o placeres. Siempre ocurría que la casa de nuestra infancia fue la que nos puso en relación con el espacio y lo pobló de sentido, de ensoñaciones, de realidades, de fantasmas, de rincones mágicos, era nuestra casa de los espíritus. Ese espacio era un lugar oníricamente incompleto, trazó nuestras coordenadas en el espacio, en el misterio y en el juego.

Podemos consolarnos en las viviendas verticales con el cajón lleno de secretos, el armario pleno de fantasmas que entran y salen a través del espejo, la llave que abre, la ventana y su paisaje y sobre todo la puerta, de efectos fascinantes, que nos traslada de lo íntimo a lo público, de lo privado a lo social, tránsito de lo cerrado a lo abierto de dentro a fuera, trozo de muro que podemos abrir a nuestra voluntad para dejar entrar o salir y mezclarnos en lo social.

## 5 LA EQUIVOCACIÓN DE LOS POLÍTICOS

El tremendo deterioro de la vida social y colectiva, la incomunicación y la falta de afectos crea cierto malestar e irritación. Los responsables, aquellos que laboran para las grandes multinacionales, los administradores políticos intentan recuperar el consenso de los ciudadanos electores. Ante los problemas de la persona por la disgregación de la familia, la falta de modelos, el descreimiento de la función mítica y la falta de confianza en los ideales, se ofrece lo mejor que pueden asegurar los técnicos desde sus parcelas tecnocratizadas de la psicología, pedagogía, sociología, dietética, gestores... además de lograr, por otro lado y con otros métodos, la funcionarización de los profesionales de prácticas vocacionales como médicos, maestros, profesores de educación física, etc. Los políticos se centran mucho mejor que en atender los problemas de la familia y de sus integrantes, trabajo de larga duración y de difícil rentabilidad política, en conseguir el voto a través de cortos proyectos de dudosa tecnificación y que no sobrepasen los cuatro años. Aunque podamos pensar que existe cierta racionalidad benéfica en tal proceder el resultado es la resignación y la pérdida de ilusiones. “Es el precio del progreso”, te dicen.

## 6 DOS SOLUCIONES

### 6.1 La solución privada

Los políticos, sus medios de comunicación, la publicidad comercial y sus técnicos (psicólogos, sociólogos, educadores neutrales, consultores y gestores benéficos) abogan por defenderse individualmente y lo pelean con una fiera descalificante. Justifican la solución actual como un costo del progreso y no tienen ningún reparo en lanzar recomendaciones como: “los padres deben de estar más con sus hijos”; “debemos jugar más con nuestros niños”. Sugerencias que crean un chirriante contraste con la vida que nos obligan a realizar: la movilidad laboral, las horas perdidas en los desplazamientos, la necesidad de trabajar los dos padres, cuando antes sólo se necesitaba el sueldo de uno, el tamaño reducido de las casas... La necesidad lógica de relajarse

en el hogar y el contraste creado con la desatención a los niños genera la culpa y ansiedad suficiente para poner a los adultos en las condiciones idóneas para que acepten complacidos el bombardeo publicitario y se lancen al consumo. El mensaje es: “defiéndete y compra”.

Este es el camino de la defensa individualista. La casa se convierte en un bunker, se cierran las puertas y ventanas y se abren ojos electrónicos, la nevera estará llena de productos sanísimos y el ejercicio físico lo hacemos por ordenador y con máquinas parlantes, llegando a la muerte en un magnífico estado de salud e incontaminados. Fuera está el peligro, la droga, la delincuencia, el tráfico, la violencia, etc. Dentro de casa el bienestar y el relax, videos, videojuegos, juguetes electrónicos y juguetitos a manta.

El discurso es defenderse individualmente, resolver los problemas cada uno por su cuenta, encerrarse en casa. Las calles se abandonan haciéndose más peligrosas, agresivas e inhumanas. Efecto que nos lleva a reforzar las actitudes y acciones defensivas, provocando mayor aislamiento. Caemos en una espiral perversa y sin futuro “El decálogo de la Banlieu” (El País, 22-5- 99).

De estos males nos van llegando noticias a nuestra sociedad desde un mundo que nos lo proclaman como modélico. En ese planeta se está promoviendo una rápida militarización, toda vez que nuestros jóvenes han decidido desmilitarizarse: cada vez existen más modalidades de policías, se les da armas a los municipales, a los serenos, a los porteros, a los conserjes, etc., van apareciendo empresas de vigilancia privada y los bancos tienen las suyas propias. Han aumentado los controles a las personas y no hablemos de esas especies de trampas que nos preparan en los aeropuertos y bancos, porque está ocurriendo que el modelo se extiende a las bibliotecas, gimnasios de lujo, polideportivos modernillos, supermercados o simples tiendas, asumiendo controles electrónicos y policíacos. Un simple billete de tren ha de pedirse a través de un locutorio carcelario, etc. No trato de abrumar, sólo intento que pensemos en cosas que nos deberían sorprender y ante las cuales nos comportamos con absoluta normalidad en el devenir de nuestra vida cotidiana.

En Estados Unidos, el modelo al que todos tendemos, han blindado sus puertas, cerrado las ventanas y cualquier adulto suele ir armado, pero en esto hay algo más, sus estudiantes puede que lleven en la cartera: un boli, una libreta, el teléfono móvil, algunos hasta un libro, el ordenador personal... pero lo que cada vez es más seguro que encuentres un magnum del cuarenta y cinco. Afortunadamente en Europa esta situación causa asombro y nos parecen aberrantes estas maneras. Pero es bueno que recordemos que Estados Unidos van por delante en la espiral antes descrita.

## 6.2 El segundo camino

Existe otra solución, contraria a la individual, más larga, más trabajosa, más responsable. Se trata de rechazar, todos, la resignación, vigilar el progreso de forma que avance a ritmo humano y no lo haga al ritmo del dinero. Los intereses del avance tienen que estar relacionados con la felicidad y calidad de vida de todos los ciudadanos sin exclusiones y con espíritu de integración a la vez que de respeto del sujeto. Por tanto hay que considerar el problema de manera global, social y político, los ciudadanos tienen que intervenir en ese plano y no en la resignación y el “salvese quien pueda”. “Las únicas referencias de los jóvenes de los suburbios son Addidas, Nike y MacDonals. Tienen la impresión de que sólo existen como consumidores” (“El decálogo de la Banlieu”, El País, 22 -5 - 99).

No se trata de estar contra el progreso, ni de volver hacia atrás, creemos que hoy día se vive mejor que antes, pero hay que seguir consiguiéndolo, avanzando hacia el futuro de manera diferente, adecuándonos a la complejidad y a la riqueza del mundo actual.

La calle no es únicamente de un lugar de paso y de circulación. La invasión de automóviles y la presión de su industria, es decir, del “lobby” del auto, han convertido al coche en



un objeto piloto, al aparcamiento en una obsesión, a la circulación en un objetivo prioritario, y todos ellos conjuntamente en destructores de la vida social y urbana. Muy pronto será necesario limitar, no sin dificultades y estragos, los derechos y poderes del auto.

¿Qué es la calle?. Es el lugar (topo) del encuentro, sin el cual no caben otros posibles encuentros en lugares asignados a tal fin (café, teatros y salas diversas). Estos lugares privilegiados o bien animan la calle y utilizan asimismo la animación de ésta, o bien no existen.

En la escena espontánea de la calle yo soy a la vez espectáculo y espectador, y a veces, también, actor.. Es en la calle donde tiene lugar el movimiento, de catálisis, sin los que no se da la vida humana, sino separación y segregación, estipuladas e inmóviles. Cuando se han suprimido las calles (desde Le Corbusier, en los “barrios nuevos”), sus consecuencias no han tardado en manifestarse: desaparición de la vida, limitación de la “ciudad” al papel de dormitorio, aberrante funcionalización de la existencia. La calle cumple una serie de funciones que Le Corbusier desdeña: función informativa, función simbólica y función de esparcimiento. Se juega y se aprende. En la calle hay desorden, es cierto, pero todos los elementos de la vida humana, inmovilizados en otros lugares por una ordenación fija y redundante, se liberan y confluyen en las calles, y alcanzan el centro a través de ellos; todos se dan cita, alejados de sus hábitáculos fijos. Es un desorden vivo, que informa y sorprende. Por otra parte, este desorden construye un orden superior: los trabajos de Jane Jacob han demostrado que la calle (de paso y preventiva) constituye en los Estados Unidos la única seguridad posible contra la violencia criminal (robo, violación, agresión). Allí donde desaparece la calle, la criminalidad aumenta y se organiza. es en la parte vieja, en las zonas monumentales uno de los más bellos lugares donde se puede concebir e imaginar la vida social. Si el monumento ejerce un control también puede congregarse. Belleza y monumentalidad van parejas. Así, los grandes monumentos fueron transfuncionales (las catedrales) e incluso transculturales (las tumbas); de ahí su poder ético y estético. Los monumentos proyectan sobre el terreno una concepción del mundo, mientras que la ciudad proyectaba, y proyecta todavía, la vida social (la globalidad). En el seno, a veces en el propio corazón de un espacio en el que se reconocen y se trivializan los rasgos de la sociedad, los monumentos enuncian una trascendencia, un “allá”. Los grandes edificios han sido siempre utópicos, afirmando, ya en altura ya en profundidad (pero siempre en una dimensión diferente a la de los recorridos urbanos), tanto el deber como el poder, el saber como la alegría y la esperanza.

La calle y sus espacios son los lugares donde un grupo (la propia ciudad) se manifiesta, se muestra, se apodera de ellos y realiza un adecuado tiempo-espacio. Dicha apropiación enseña que el uso y el valor de uso pueden dominar el mercado y el valor de cambio. En cuanto a los acontecimientos revolucionarios, éstos tienen lugar generalmente en la calle. ¿Acaso el desorden revolucionario no engendra también un nuevo orden?, ¿acaso el espacio urbano de la calle no es el lugar para la palabra, para el intercambio, tanto de términos y de signos como de cosas? ¿Acaso no constituye un lugar privilegiado en donde se escribe, se habla y se comunica?, ¿el lugar donde la palabra se ha hecho salvaje y se encuentra, eludiendo prescripciones e instituciones, inscrita en las paredes como afirmación y firma del sujeto?. El sujeto es la voluntad del individuo o del grupo de hacerse dueño de su propia experiencia, de su propia vida, lo que exige desgajarse a la vez de ciertas instrumentalizaciones étnico-nacionalistas. El sujeto es un trabajo constante de integración, de ambiciones, de objetividad y de subjetividad. No se puede, ni se debe olvidar la lengua, la alimentación, la cultura, la religión, etc., pero debemos conjugar esas premisas con una capacidad para integrar al sujeto humano en un espacio cultural y enriquecedor a través de la identidad cultural y la racionalidad técnico-económica.